

OSCURIDAD ETERNA



Por Fabian Rivera

OSCURIDAD ETERNA

Por Fabián Rivera.

Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Para mis amores: Caroli, Javier y Mateo, mis luces en la oscuridad.

Me llamas tu vida, llámame tu alma;
Porque el alma es inmortal, y la vida es un día.

Paul Charles Bourget (1852-1935) *Escritor francés.*

OSCURIDAD ETERNA

Por Fabián Rivera

CAPITULO I

El señor K.

1

Tengo un nudo en la garganta y la sensación de volver, como de aparecer otra vez desde la penumbra. Siento, como si recién hubiese emergido desde un abismo gigante, y aunque sé bien, que estoy aquí de pie, angustiado y con frío, no puedo sentir por completo mi cuerpo, es como si todas las células que lo componen aun no estuvieran unidas, manteniéndome en un estado casi gaseoso. Tengo claro que sólo debo esperar, esto siempre me ocurre cuando me nublo, cuando pierdo la conciencia... aunque bien podría decir la cordura; No puedo estar sorprendido hoy de mis continuos ataques de ira, ni de que cada vez que vuelvo a la realidad me sienta igual, con una angustia en el alma y con el cuerpo retomando poco a poco el ritmo de un pulso normal. Y Pensar ahora, en que la primera vez que me sucedió fue golpeando a Freddy hace ya más de 30 años, me llena de una profunda nostalgia. Pero lo que hoy me trae a estas letras no es ni más ni menos que lo mismo de siempre: “Problemas con Sara”, y no sé, si la frase será la correcta, pero cierto es, que ya estoy cansado de que sea tan injusta y que me vea la cara de idiota, porque ya no es primera vez señores, no es primera vez...

2

Y es curioso, pero me acabo de dar cuenta de que cada vez que algo estalla en mi vida vengo al mismo lugar, como si éste fuera mi cementerio personal en donde vengo a morir lentamente. Primero, como siempre, comprando cigarrillos y volviendo a sentir el humo dentro de mis pulmones, “la pulsión de muerte de Freud en su máximo esplendor”. Después, la desesperación por no tener contacto con Sara; Luego, mis decenas de llamadas insistentes que ella no contestará, para dar paso al alcohol en mi sangre y al final, después de

un largo espectáculo nocturno volver a casa y terminar de rodillas pidiéndole perdón, rogando por una nueva oportunidad.

Quizás, los demás que están acá cerca de mí también están muriendo lentamente, como lo hago yo en este momento y quizás, este entumecimiento en los ojos no sea tan solo en los míos.

De pronto, el frío que siento me desplaza hacia el pasado, abofeteándome y recordándome de paso que no puedo renegar de él, que ha sido real, me advierte que no lo olvide, que debo tener claro que haga lo que haga jamás podré modificarlo. Y lo peor: Que el único culpable de haber creado este infierno al parecer he sido yo.

Tengo rabia, nada de lo que he hecho por ella hasta ahora ha servido de algo, mi vida al parecer ha sido como una bomba de tiempo múltiple que hoy ha vuelto a estallar.

Miro alrededor las horribles calles que dibujan la escena, como siempre hay dos decadentes negocios que están cerca de mí: A mis espaldas una botillería de mala muerte llamada “Don Diego” y al frente, cruzando la calle, una pequeña zapatería. La botillería destaca por su enrejado, solo con un pequeño espacio para entregar las mercaderías. Ha sido anecdótico ver cómo han pasado los años desde la primera vez que vine, ver al tipo gordo de lentes que atiende y al parecer a su madre envejecer, me parece extraño. Es como si el tiempo no los afectase, como si no les importara seguir haciendo lo mismo día tras día con la misma sonrisa en la cara, y siempre que me atienden me miran, así como diciendo: *¿De dónde le conozco?* Es esa familiaridad que a veces se siente entre las personas, yo creo que ni se imaginan que cada vez que he vuelto a los vicios, la primera cajetilla y botella se las he comprado a ellos. En la zapatería pequeña del frente noto que la persona que está adentro, un anciano muy delgado con una boina de color gris y bufanda, me observa, pero acaba de dar vuelta el rostro cuando se ha dado cuenta que le he visto. Tengo la sensación de que solo le llama la atención mi presencia en esta zona, tal vez el único quiebre en su rutina diaria sea yo parado aquí frente a

su negocio. Le dejo de mirar, y me concentro en otra cosa. He encendido el segundo cigarrillo.

3

Fijándome bien creo que ya sé por qué el viejo de la boina me miraba tanto; hay al menos cinco delincuentes rondándome, como animales estudiando a su presa. Recuerdo lo que siempre me decía mi abuelo Gustavo: *“Los delincuentes son seres inferiores, intentar razonar con uno de ellos es una completa estupidez, y es que son como hienas queriendo cazar. Si un día se te aparecen solo tienes que hacer una simple cosa: alejarte de ellos”*. En mi vida normal, en un día normal probablemente le haría caso, pero hoy no, hoy es uno de esos días en que me da lo mismo...

Sí, me observan, estoy seguro que, o están estudiando mis movimientos o viendo qué cosa de valor quitarme, sin saber que lo máspreciado en mi vida lo he vuelto a perder. Mis manos tiemblan, solo me concentro en ver la pantalla de mi *BlackBerry* que se llena de estas letras que escribo y el rojo del tabaco encendido entre los dedos de mi mano derecha. La dirección es Pirámide con Francisco de Toledo. ¿Cuántas veces he estado aquí? Sin duda más de las que considero he merecido. Tengo ganas de gritar fuerte, pero tengo ganas también de que nadie me escuche. Otra cosa que aprendí de mi abuelo: *“Cuando tienes problemas, la mayor parte de las veces la gente solo sirve para cagarla más”*

4

Han pasado unos minutos y sigo acá con el cuarto cigarrillo encendido, ahora, además de los delincuentes que me observan ocultos tras esas horripilantes prendas, son perros los que lo hacen con desasosiego. Al principio había dos, ahora hay más de diez y a veces me ladran, se acercan y vuelven a la calle del frente. Siento como que me estuvieran echando mientras el viejo de la zapatería sigue con su boina y su bufanda mirándome fijo y cambiando su conducta cuando le veo. Me acuerdo de lo sucedido hace un par de horas y mis ojos vuelven a llorar, siento pena de mí mismo, me siento

devastado. Ver a aquellos perros me causan una suerte de envidia de su vida tan fácil, y no digo fácil por no tener que trabajar o no tener que vivir en promedio 70 años, sino porque no sufren por amor.

Las heridas y el dolor en mi cabeza ahora son solo ligeros ardores, pequeñas palpitaciones. Mi nariz aún me duele mucho, pero gracias al frío está despejada. Jamás nadie podría entender cuánto me odio por ser de la forma que soy y admitir que ya la extraño.

Acaba de llegar un automóvil, es un Camaro negro, lo primero que pienso es que quien lo conduce debe ser un narcotraficante. ¿Un auto así en un barrio de mierda como éste? ¡Bah, narco seguro! Se ha quedado estacionado a un costado de la botillería y ha apagado sus luces, le he mirado de reojo y me he podido dar cuenta que en el interior tan solo está el conductor. El tipo sumido en la oscuridad solo es evidenciado por una silueta que me hace imaginar a un hombre con sombrero de copa; es raro, pero es así. Bah, cada loco con su tema, seguramente debe estar esperando a alguien. En todo momento mientras escribo estas palabras estoy esperando a que Sara llame a mi celular, pero es obvio que no lo hará; es que nunca lo ha hecho, y ya me empiezo a desesperar. ¿Dónde estará?, ¿Con quién estará?, ¿Qué estará haciendo? Y llega la primera caída: decido llamarla.

La llamé cinco veces y no contestó, ahora resulta que la llamo y tiene apagado el teléfono ¡Odio cuando hace eso! ¡Debe saber cuánto me molesta porque siempre lo hace! Y para peor he perdido la cuenta de cuanto he fumado y como decía mi abuelo: *Se acaba la cuenta, el vicio de vuelta*. El anciano de boina ha salido disparado a entrar el letrero en el que promocionaba su zapatería, se ha tropezado, está pasmado. Aunque sea de lejos puedo ver la palidez en su piel, está bien que quiera cerrar su boliche, pero algo le ha pasado estoy seguro, se me pasa por la cabeza la idea de que quizás ha recibido una llamada importante y debe salir con urgencia, pero no. Algo le perturba estoy seguro, sus ojos son los ojos de un hombre aterrado y apuntan hacia el Camaro, yo lo miro ahora y veo que la silueta del conductor del auto sigue igual que hace un rato, sumido en la

oscuridad, aun se puede ver el dibujo de un sombrero de copa encima de su cuerpo erguido en el asiento del conductor. En un santiamén la zapatería se ha cerrado. Me acabo de dar cuenta que los delinquentes y los perros también han desaparecido ¿Casualidad? No lo sé, pero al menos es raro. Ahora solo soy yo, el poco tránsito que pasa por esta avenida, la botillería, mis cigarrillos y el Camaro estacionado, con la silueta quieta del conductor. Yo estoy apoyado en mi auto, el trasero se me ha enfriado. Sigo fumando y al contrario de los perros, delinquentes y del viejo de la zapatería, yo no me pienso mover de aquí,” la calle es libre”.

5

“La calle es libre”, esta frase me transporta hacia mi niñez. Recuerdo cuando peleábamos con los viejos a los que no les gustaba que jugáramos a la pelota afuera de sus casas, y nos defendíamos diciendo una y otra vez junto a mis amigos la susodicha frase. Tantos amigos de los que nada sé hoy; de quien más me acuerdo es de Felipe y su hermana María José, pobres niños, recuerdo que sus padres no les permitían salir de la casa y los dejaban encerrados, por lo menos hasta que volvieran del trabajo en la tarde, y ellos se ponían en el antejardín a mirar hacia afuera. Yo vivía en la calle del frente, pero aquella que evoco aunque similar a esta, tenía indiscutiblemente otros colores. Recuerdo a Felipe que tenía una colección de autitos de juguete que cuidaba obsesivamente, porque una vez había perdido uno y su padre lo golpeó tanto que le botó un diente, solía contarlos, y se asustaba tanto cuando los contaba mal que volvía a empezar de inmediato y suspiraba cada vez que la cifra era la exacta; yo me acercaba permanentemente hacia la reja y jugábamos entre ella, siempre tenían algo que enseñarme, recuerdo cuando me enseñaban a tocar el órgano, cuando trataban de enseñarme a jugar ajedrez, cuando leíamos historietas..., todo entre la maldita reja. Siempre me imaginé a Felipe adolescente asesinando a sus padres, y con su recuerdo en mi mente en estos momentos, me pregunto cuál habrá sido el destino de esa familia. Recuerdo aquellos tiempos cuando la vida era tan sencilla, cuando miraba ese cielo lleno de nubes iluminado por un sol resplandeciente y me preguntaba qué sería de mí

cuando tuviera 20, 30 o 40 años, jamás se me pasó por la cabeza que desde mis veinte años volvería a este lugar una y otra vez a sufrir.

6

Hace unos momentos me he llevado un gran susto, resulta que mientras escribía lo último relacionado con Felipe, sentí en mi espalda una presencia, (*el tercer ojo* como solía decir mi abuelo) y al girarme he quedado estático, ya que el tipo del Camaro estaba parado detrás de mí ¿Cómo llegó sin que le sintiera? Una de dos, o es un maldito gato o yo estaba demasiado concentrado escribiendo. Le quedo mirando pasmado.

— ¿Me convidas fuego? —Me pregunta mostrándome un cigarrillo en la mano.

En efecto; usa uno de esos sombreros de copa, es un tipo alto fornido y caucásico, está vestido de terno y sus zapatos brillan tanto que puedo ver el reflejo del alumbrado público que nos ilumina. No queda nadie en la calle, ni siquiera pasan autos, aunque a lo lejos hacia el norte puedo distinguir una sombra que viene acercándose, como desfigurando el espacio, como si fuera un enano agujero negro. Me da la impresión de que es un hombre caminando en esta dirección, aunque bien me puedo equivocar, el alcohol está de a poco invadiendo mi flujo sanguíneo. Reviso la hora y son recién las 22.45, tenía la impresión de que fuese más tarde. Saco mi encendedor del bolsillo y se lo entrego sin decirle nada mientras dirijo mi cabeza nuevamente en dirección al celular, lo enciende, expulsa la primera bocanada de humo combinada con el vaho frío de la noche y tose un poco.

—Hace tiempo que no fumaba. —me dice mientras sonrío y vuelve a toser.

Me devuelve el encendedor.

— ¿Eres de por acá? —Me pregunta, con la mirada enfocada en su cigarrillo.

—No —Le respondo de inmediato y se me pasa la idea de que tal vez sea un marica queriendo meterme conversación.

—Yo tampoco —me dice y esta vez mirándome a los ojos, su piel parece no tener poros, como si fuese ésta de goma o plástico, y sus ojos son extrañamente negros y viscosos.

— ¿Y tú que haces acá? —le pregunto no sé por qué mierda, es como si las palabras me hubiesen salido a la fuerza de la boca, porque en realidad no he tenido intenciones de entablar una conversación con él, pero lo que me responde aparte de dejarme desconcertado me inquieta.

— Problemas en la casa amigo —da otra bocanada al cigarro, esta vez sin toser y agrega—: con mi esposa, dramas en el matrimonio, ya sabes lo típico.

Y otra vez inconscientemente, a la fuerza, las palabras me salen sin siquiera pensarlas, como si algo dominara mi lengua que no es mi mente.

—Andamos en las mismas.

Me mira y vuelve a sonreír, pero es una sonrisa maliciosa que me recuerda a la mona lisa, como que esconde algo.

—Las mujeres son la especie más complicada del planeta tierra ¿no lo crees?

Y esta vez sí que le respondo con mis cinco sentidos bien puestos.

— Sííí, demasiado complicadas e injustas — tiro al suelo la colilla de mi último cigarrillo y la piso con el pie— ¿Cómo quieren que uno no se ponga celoso si uno es hombre y sabe cómo son las cosas?

—Sííí, tienes mucha razón... ¿y atribuyen todo a qué?... — pregunta.

Y yo que me proponía terminar la oración no alcanzo, porque él lo hace quitándome las palabras de la lengua.

—... A la inseguridad.

— ¡Exacto! —Le respondo con mis ojos abiertos de par en par.

Hemos seguido conversando un buen rato, básicamente compartiendo nuestras decepciones, me he llevado una grata sorpresa de este tipo, siento como si le conociera de toda la vida, como si fuera uno de esos amigos de la infancia a los que recordaba hace algunos minutos, aunque debo admitir, que hay ciertas cosas que me confunden; la primera, su mirada, tiene los ojos negros con una viscosidad extraña y cuando me habla y me mira siento como si se me revolvieran los sesos. La segunda, que cuando le he preguntado por su nombre me ha dicho llamarse Señor K, ¡Qué clase de nombre es ese! Y tercero, que cuando hablábamos me ha dicho:

—Yo en unos minutos más iré a una fiesta, ¿te gustaría ir?

—No estoy para fiestas —le respondo al instante.

Me queda mirando y de nuevo siento como si me escarbaran el cerebro.

— ¿Estás seguro? Sería muy conveniente que fueras, ya que Sara estará en esa fiesta.

Me quedo tieso.

— ¿Sara? ¿Cómo sabes que mi esposa se llama así si yo jamás te he dicho su nombre?

—Digamos que es un don, el tercer ojo como solía decir tu abuelo Gustavo. Debo decir que me encanta esa expresión. Jajaja, Creo tener un tercer ojo muy desarrollado...

Y ese es el minuto en que yo pienso: *Ah no este tipo me conoce de alguna parte, sino ¿cómo demonios supo que el nombre de mi esposa es Sara y el de mi abuelo Gustavo?*

—...Sé por ejemplo también —continúa, hace una pausa y siento en la zona frontal de mi cabeza, en la zona que guarda los recuerdos, que un pequeño dedo como de bebé me hace cosquillas— que vienes acá cada vez que algo anda mal en tu vida o sea, cada vez que te sientes deprimido, que desde tus veinte años has venido en innumerables ocasiones y te has parado aquí mismo a escribir lo que sientes, porque no te gusta hablar tus cosas con nadie...

Yo quedo boquiabierto y añado:

—...Y te cuento que Felipe, el tipo al que recordabas hace poco, en estos precisos minutos está defecando en la cárcel y... ¡acertaste! A la edad de 23 años mató a sus padres con un cuchillo de carnicero, 154 puñaladas a su padre, un corte en el cuello a su madre, luego de ver a su suicida hermana colgada de una viga, todo eso en la misma casa en la que los recordabas.

Me dan ganas de salir corriendo, miro para todos lados y sigue sin haber nadie a excepción de la sombra que está más cerca que antes, y lo pienso, lo analizo, pero al final no lo hago, en vez de salir corriendo mi cerebro pretende llevar el plan hasta el final, con la única estúpida excusa de que en días como hoy no debiese tener miedo a morir.

—Y dime, ¿Me acompañarás? —Advierte mi temor y agrega—: Por último, piénsalo, yo me iré a mi auto unos minutos, me estoy congelando acá afuera, estaré atento a que me avises si vas o no.

Luego de eso quedé en estado de petrificación, aún sigo estándolo, comienzo a tiritar y ya no por el frío, sino que porque estoy nervioso, siempre me ocurre cuando lo estoy. No hay lugar en mi cabeza que entienda todo lo que me acaba de decir. Ahora está en el Camaro y está erguido en su asiento, me pregunto si alguna vez habrá bajado del vehículo o si todo esto ha sido parte de mi imaginación, pero lo puedo ver, sumido en la oscuridad como la primera vez que lo divisé. El sombrero de copa se dibuja como una silueta irreal a través del parabrisas. De pronto no sé qué hacer, si ir o no, pero... ¿y si tiene razón y Sara está ahí? Quizás por fin podré saber con quién mierda me engaña. A lo lejos (aunque cada vez más cerca) aún me es posible ver la sombra que sigue avanzando hacia esta esquina con un extraño movimiento, y siento de pronto, que esa sombra, que aquella silueta que parece ser un agujero negro del espacio, es lo único que me ha mantenido acá, que me ha dado la tranquilidad para seguir con mi soberbia de no salir corriendo luego de lo que el Señor K me ha dicho. De alguna forma hace que me sienta entre los vivos...

Llamo nuevamente a Sara, ha vuelto a encender el celular, pero no contesta los quince llamados que le hago y vuelve a apagar el maldito teléfono, ¿si no quiere contestar, para qué mierda lo vuelve a encender? Y claro, la respuesta llega a mi cerebro antes de que cante un gallo: *Para hablar con otro que no eres tú.*

7

Sigo fumando, es fácil saber ahora que llevo doce cigarrillos consumidos, ya que tan solo me quedan ocho en el interior de la cajetilla de cartón, la que muestra el futuro de mis pulmones en su cara superior, y en la trasera, una foto que muestra mi futura disfunción eréctil. Tengo claro que no me alcanzarán para pasar esta larga noche. Aún me queda whisky, pero de todas formas compraré provisiones y pensaré en la invitación del Señor K.

He llegado a una conclusión y creo que lo mejor que puedo hacer es simplemente limitarme a creer en el destino — ¿ha sido el destino el que me ha traído aquí?, ¿Ha sido causa del destino el que vuelva una y otra vez a este lugar? — Si ha sido así, pues también es obra del destino el que este tipo haya coincidido conmigo en este tiempo y lugar. En este lugar, que de todo lo que he tenido en mi vida ha sido lo único de lo que nunca me he podido desprender. Una simple calle, una botillería, una zapatería, perros, delincuentes, el alumbrado público, un poco de tierra y la eterna noche oscura. Le diré que sí, iré. Que pase lo que tenga que pasar, que si he de morir será mi destino, además, me conozco bien y sé que terminaré yendo de una u otra manera, como sé también que le volveré a pedir perdón de rodillas a Sara cuando vuelva a casa mañana, y no porque lo sienta, sino porque consideraré que será la única forma de “arreglar las cosas”. El señor K también lo sabe y no necesito que me lo diga. Debe estar ahí sentado atento a lo que pienso. -¡SI IREEÉ! Grito en lo más profundo de mi cabeza y me acerco al automóvil. El señor K ha levantado su dedo pulgar y tiene la misma leve sonrisa de la mona lisa plantada en el rostro. Siento unos pasos y unos quejidos. Me vuelvo a mi derecha y veo que la sombra andante no era más que un vagabundo asqueroso. Sus ropas son solo trapos sucios, su pierna cojea y en su cara tiene una muesca de incredulidad y miedo. Me mira. He revisado mi bolsillo y tengo mucho cambio, siempre tengo mucho, y es que vivo pagando todo con billetes grandes; es una costumbre que me contagió Sara, siempre atenta a los desdichados, siempre me he preguntado por qué la gente mantiene a estas mierdas humanas, según Sara todo se debe a la conmiseración humana, “*son solo unas monedas, tú no sabes que problemas lo pueden haber llevado a eso*”, son las palabras que me dice siempre y la escucho diciéndolo otra vez en mi cabeza, así que si lo que quiere este vagabundo son monedas, tendrá mucha suerte esta noche. ¿Obra del destino? Quizás.

Se ha acercado a mí y me ha lanzado sus asquerosas manos a la cara. Me ha mostrado en su mano un teléfono celular, es una *BlackBerry* como la mía y le digo:

—Sí, sí amigo, yo tengo una de las mismas.

Y no me responde nada, sino que se abalanza sobre mí y me toma la cara con sus inmundas manos, mi cabeza se rodea de un olor nauseabundo que me hace sentir arcadas involuntarias. No me explico qué tipo de licor de mala calidad habrá tomado para oler de esa manera, y por inercia le he dado un empujón y lo he derribado en plena calle —en ese momento escucho encenderse el motor del Camaro—, cuando cae me mira desde el suelo y veo que algo me quiere decir, pero al abrir su boca solo he podido ver sus dientes quebrados y su lengua que está cortada y tiene los puntos de la sutura muy negros, infectados. Lo único que quiero es alejarme de él y he subido al Camaro sin pensarlo. El señor. K conduce el vehículo lentamente sin decir nada y vira en la calle Pintor Murillo, la gente parece haber desaparecido. En la plaza por la que pasamos, veo como dos gatos negros se aparean, miro la hora en la pantalla de mi *BlackBerry* y el reloj sigue marcando las 22.45, encuentro ilógico que la hora falle y lo demás no, pero no quiero pensar en eso. Ha seguido avanzando y ha virado por San Nicolás volviendo a llegar a Pirámide, se ha dado literalmente “La vuelta del tonto”. El vagabundo sigue en el piso con la *BlackBerry* en las manos, el señor. K se detiene.

—Espérame un poco que le haré un favor a ese pobre ser humano —me dice y se baja del vehículo sin apagar ni el motor ni las luces.

El entorno todavía está vacío a excepción de la botillería que sigue abierta como siempre, con su peor noche en años más que seguro. Le miro desde el espejo retrovisor del copiloto y veo como se ha acercado al vagabundo, ha sacado un revolver de no sé dónde y se ha parado a su lado, luego inician una pequeña conversación y algo le ha dicho, porque el vagabundo lo mira atentamente, para un instante después llenar su rostro de una melancólica sonrisa y agachar su cabeza. El señor K le propina un certero disparo en la cabeza que

enmudece todavía más el ambiente, me ha dado pánico y de pronto me siento completo, he querido bajar del automóvil, pero los músculos no me han reaccionado. El señor K ha vuelto al auto se ha sentado, ha cerrado la puerta y me ha dicho:

—No sientas miedo, tú crees que le he hecho daño, pero en realidad le hice un favor, te aseguro que es lo que él deseaba con todas sus ansias.

He enmudecido y le he mirado con el rabillo del ojo mientras guardaba el revólver en la guantera, con mucho miedo y preguntándome si acaso seré yo el próximo en recibir una bala de aquella arma. Justo en ese momento la saca de donde la había guardado, yo quiero golpearlo o algo, escapar, pero de nuevo no puedo maldita sea, es como si algo tuviese el control sobre mis músculos, quizás es una reacción nerviosa no lo sé, pero me entrega el arma.

—Para que te sientas seguro, —me ha dicho y tiene razón, porque desde que la tengo en mis manos es como si todo el miedo se hubiese extinguido.

CAPITULO II

LLEGADA AL INFIERNO

1

El Camaro es increíblemente suave y silencioso, me siento como en una burbuja; las calles que conocía ya han desaparecido y lo único que logro ver afuera por la ventana son las luces que adornan los edificios y negocios nocturnos. Sigo encontrando extraño que no haya personas en la calle, pero por alguna extraña razón eso no me perturba y de pronto tengo la impresión de estar en un sueño. Pero no, no puede ser porque en mis sueños Sara contestaría el maldito teléfono, conversaríamos un rato y volvería a casa a hacerle el amor. No, definitivamente no es un sueño, sino que por el contrario es la realidad; y la cruel realidad es que Sara no da señales de vida, el vagabundo asqueroso está muerto, desangrado en la calle como un perro, y yo voy al lado de este tipo hacia una fiesta quien sabe a qué lugar a comprobar si realmente Sara estará en ella como me ha dicho. Ojalá que así sea para ver si de alguna manera puedo quitármela de la cabeza.

2

Me he llevado otro susto, cortesía del Señor K. Llegábamos al final de una calle principal cuando el semáforo se ha puesto en rojo y este tipo ha acelerado con todo el vehículo, yo que miraba el velocímetro fui testigo de cómo en un par de segundos paso de 60 a 180 kilómetros por hora, luego cerré los ojos y di un grito, estuve tan seguro de que moriría, que a mi mente se vino la imagen de Sara; no es algo nuevo, siempre he estado seguro de que el día de mi muerte ella estará ocupando mi cabeza, ¡cómo no! si lo ha hecho desde que la conocí. Pero al abrir los ojos, en mi ventana solo he visto luces pasando rápidamente, sobresaliendo al negro de la noche, (parecidas a las luces que veía cuando era joven desde la ventana del Metro mientras avanzaba de una estación a otra) y en el frente, aunque parezca raro, no sé bien cómo describirlo, pero no se veía un camino,

sino que eran como estrellas... Sí, pequeñas estrellas..., era como volar sobre ellas. He querido gritar, decirle algo al Señor K que está con la vista clavada en el parabrisas, pero cada vez que quiero hacer algo como eso mis músculos se contraen y mi boca no responde.

Mi única manera de gritar es a través de estas letras.

*¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah!
¡Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah! ¡Que mierda está pasaaaando! ¡En qué me he metido! ¡Sara respóndeme los mensajes o llámame por favooooooooor! ...*

3

Hace algunos minutos, al fin habíamos llegado a nuestro destino, y debo confesar, que no supe ni tengo ahora puta idea de dónde mierda estoy. Hemos llegado a las afueras de un edificio muy alto; el lugar tiene unas letras gigantes de color rojo encendidas que parpadean la palabra INFIERNO, parece una *discoteca* de esas *cuicas* de difícil acceso que se ven en las películas, y aunque el nombre no es nada elegante, considero que está muy "ad hoc" con el día de mierda que he tenido o con la vida que he llevado hasta hoy. El edificio tiene una pequeña entrada en la parte inferior y es donde mismo veo a cientos de personas agolpadas alrededor, todos desesperados queriendo ingresar. Pareciera que toda la gente que no vi en las calles hubiera llegado hasta allí.

Por alguna razón cuando han visto el automóvil en el que llegamos todos nos miran atentos, expectantes.

—Hemos llegado. — me dice el Señor K.

Le quedo mirando y le pregunto:

— ¿Me puedes decir quién eres y por qué me has traído acá?— Se lo pregunto con respeto, sus ojos negros penetran los míos y me causan temor.

—Soy solo un amigo que has conocido esta noche, y te he traído acá porque tú has querido venir a esta fiesta a ver a Sara.

— ¿Pero cómo supiste que ese era su nombre?, y todas las otras cosas que me dijiste... ¿Cómo las sabías?

—Te lo vuelvo a responder, es un don, —medita un poco— es lo que ustedes llaman leer la mente, lo siento, a veces no lo puedo controlar y hablo más de la cuenta, pero es solo eso, no te asustes.

— ¿Y este lugar? ¿En qué comuna estamos?

— Nunca lo he sabido, solo sé llegar. —me respondió a secas, con una sutil cara de mentiroso que quiere ser descubierto.

— ¿Tienes el don de leer la mente y no sabes en qué comuna estamos?

—Así es —, me responde muy serio, pero al instante cambia su cara por una conciliadora, por una perfecta cara de vendedor de ilusiones, como de político— Mira, si quieres te llevo de vuelta y te dejo donde estabas.

Y mi boca responde sin seguir mis órdenes.

—No, no quiero volver es solo que...

— ¿Por qué mejor no me acompañas, ves a algunos amigos, te tomas algo y así te relajas un poco? —me interrumpe y mientras hablaba posaba su mano en mi cuello, la que sentí hirviendo. En ese momento me ofreció un cigarrillo y accedí, aunque no lo encendí sino que me limite a guardarlo en mi bolsillo, no sin antes percatarme de que no reconocía la marca, ya que solo tenía un dibujo de que me recordó al ojo de Horus—. ¿Te parece?

—Está bien —dijo mi boca.

Nos bajamos del Camaro, un silencio se produjo en el ambiente, no hacía frío, comparado al lugar donde estábamos rato atrás, este lugar tenía un clima casi tropical. Caminamos dirigiéndonos a la entrada y todos nos abrían paso de inmediato, muchos se alejaban y observaban al Señor K con plena atención, era una mirada escrutinadora, aunque temerosa; logré ver el pavor en sus ojos y el respeto en su mirada. Las personas que veía rondaban mi edad, todos sobrepasaban los cuarenta años; cuando miré más atento sus rostros, me he fijado en que todos tienen ojeras oscuras, como si estuvieran esperando para participar en un casting para el video de thriller de Michael Jackson. Seguíamos caminando y cuando entramos en el montón, escuché susurros, hablaban cosas que escuchaba pero que no podía descifrar, era como si hablaran en otra lengua. De pronto, una mujer rubia que fumaba un cigarrillo nos miró, abrió sus ojos muy grandes y luego comenzó a reír descontroladamente. Todos se volvieron a mirarla con terror. El Señor K se detuvo y se volvió hacia ella.

— ¿Qué te sucede a ti, me lo puedes explicar? —le pregunta con el ceño fruncido y la natural mirada tenebrosa que posee.

—Perdón, perdón, perdón —le responde ella casi al instante— lo que pasa es que le conozco, dice y me apunta con el dedo. Yo la miro bien, y trato de ver detrás de todo ese maquillaje corrido, si es verdad que nos conocemos, pero no lo podría asegurar con exactitud, ya que se parece a todas las perras amigas de Sara. El señor K le dice algo al oído (escucho el susurro, pero no lo puedo descifrar) y la expresión de felicidad de la mujer se muere al instante. Ha quedado con la cabeza gacha, y una vez que el Señor K ha dado la vuelta, la mujer no me ha mirado nuevamente. Pero yo sí y veo de pronto como le estallan los oídos y sale un chorro de sangre de cada oreja, luego cae de rodillas y después se estrella en el cemento desangrándose en el acto, su cara queda apoyada en su mentón y pareciese que me mirara, pero justo cuando me concentraba en sus ojos, estos le estallan.

—Vamos— me indica el Señor K.

Siento miedo, pero prefiero no decir nada y seguir rumbo a la entrada de la *discoteca*. El personaje que está custodiando la entrada, una especie de guardia, nos ve y acto seguido, corre los separadores y abre la puerta; en un dos por tres estamos al interior.

4

Entramos al lugar, Éste estaba repleto de gente y una música electrónica que jamás había escuchado sonaba fuerte en el interior, y por alguna extraña razón, yo la tarareaba; aunque pensándolo bien, puede que alguna vez la haya escuchado y no lo recuerde ahora; es sabido que la música se aloja en una parte del cerebro distinta a la de los recuerdos cotidianos. Caminaba detrás del Señor K mientras las luces electroboscópicas apenas me permitían distinguir un rostro de otro, me pregunté mientras arrastraba mis pies cómo sería posible encontrar a Sara en este lugar, pero cerré mi boca, algo en mi interior me hacía tener certeza de que así sería. El lugar tenía un olor viciado a transpiración realmente asqueroso. Luego, subíamos una escalera que rodeaba el lugar y en un punto pude ver un montón de gente haciendo un movimiento extraño, no sé si a eso se le podría llamar baile, pero me recordaba a los videos de *YouTube* en los que se ven religiosos sacudiéndose, volviéndose como locos dentro de las iglesias. Una vez arriba, llegamos a una especie de restaurant, la separación acústica era fenomenal, casi perfecta, solo faltó que hubiesen desaparecidos los zumbidos del bajo, pero creo que eso hubiera sido pedir demasiado. Me llamó la atención que al contrario de la euforia de los que se encontraban en la pseudo-pista de baile, este lugar pareciera casi un funeral. En casi todas las mesas se veían personas llorando, discutiendo, pidiendo perdón, y en otras, personas durmiendo o muertas no lo sé, después de lo que he visto en el estacionamiento puedo pensar cualquier cosa.

Un tipo le decía a otro:

— ¡Te juro que no fue mi culpa! ¿Qué quieres que haga para que me lo creas?

Y se golpeaba la cabeza en la mesa mientras lloraba y apretaba los dientes y de nuevo:

— ¡Te juro que no fui yo!

Todo ese show mientras el otro tipo solo lo observaba con una absoluta cara de póker.

—Ésta es la mesa, siéntate. —Me dice el Señor K, y yo enseguida hago caso— espera acá yo debo ir al baño.

En el centro de la mesa hay una vela roja encendida acompañada por una tira blanca plástica que lleva escrito RODRIGUEZ en letras negras *¡Mi apellido!*

Tengo más miedo que antes, el Señor K no vuelve y yo aún estoy sentado escribiendo en mi *BlackBerry*, que siento como mi única conexión con el mundo real. Quiero salir de acá, pero mis piernas no se mueven. Si tan solo no hubiéramos discutido, si mis celos no fuesen tan grandes quizás nada de esto hubiese ocurrido.

Se me pasa una idea por la cabeza: Quizás, he sido yo el que la ha lanzado a los brazos de otro hombre...

Sí, definitivamente creo he sido yo.

Han pasado varios minutos y sigo aquí plantado en la mesa, tengo ganas de correr, de irme, de escapar, pero no puedo hacerlo porque estoy seguro que el Señor K me observa desde algún rincón leyendo mis pensamientos, tal y como lo hacía desde el Camaro hace algunas horas. Pienso en Sara, la necesito, quisiera verla y pedirle perdón y no solo para solucionar las cosas como pensé antes, sino que

porque realmente lo siento. Porque por más que lo pienso, no encuentro otro culpable más que a mí de todo lo que ha ocurrido, y no sé si esta actitud se deberá al hecho de que el miedo a morir invade mi ser desde lo más profundo, pero lo siento... siento que recapacito... Y cada vez me convengo más de que he sido un completo imbécil... y que quizás tiene razón, quizás todo se ha debido a mi maldita inseguridad, a mis malditos celos que no le han permitido vivir en paz. Quiero pedirle otra oportunidad, decirle que todo lo tengo claro como nunca antes... Que la amo con todas las fuerzas de mi corazón... Que me perdone... que yo la perdono...

Una muchacha se acerca, viene sonriendo ampliamente. ¡Qué buen ánimo tiene a pesar del velorio que sucede aquí!

—Sr Rodríguez, ¿tomo su pedido?

Le he respondido titubeante, apenas puedo hablar, mi mano tiembla y las cenizas de mi cigarrillo saltan para todos lados. Le he pedido la carta y me ha dicho que aquí no hay carta, que lo que desee me lo traerá. Y pienso ¡Ah sí! ¿Cualquiera cosa? Y me vienen ganas de pedirle un platillo de macarrones a la Sara, jaja. (Me ha dado un poco de risa pensarlo, porque nadie podría darle ese sabor a los macarrones, ese sabor apelmazado que hace que el queso desaparezca entre los fideos) Finalmente he pedido una jarra de cerveza y otro paquete de cigarrillos. Mi pierna zarandea de arriba abajo y yo continúo fumando como loco y viendo las tristes escenas de mis costados. El tipo de la mesa que está delante de mí sigue repitiendo lo mismo:

— ¿Cómo quieres que te diga que no ha sido mi culpa? ¿Qué tengo que hacer para que me creas?

Mientras continúa golpeándose la cabeza contra la madera de la mesa, le miro de reojo, no quiero que se fije en mí y tener más problemas de los que ya tengo. A mi izquierda, hay una especie de baranda y un poco más allá, grandes ventanales que me permiten divisar las luces de colores que cubren a la multitud bailante. He

logrado ponerme de pie, quizás porque no ha sido con la intención de escapar, sino que tan solo de mirar hacia abajo. Veo que siguen con su loco baile, mientras yo aún no puedo distinguir un rostro de otro. Recuerdo de pronto que mi madre siempre decía: *Todo pasa por algo, Dios tiene un plan para cada uno de nosotros*. Me hierve la sangre en estos momentos preguntándome qué hago aquí ¿Qué parte de ese plan es mi permanencia en este lugar?

He vuelto a tomar asiento, nadie se acerca, todas las mesas siguen ocupadas por los mismos. Decido descansar sobre la mesa con los brazos cruzados como cuando era un niño y me dormía en clases. Dormiré, con la esperanza de que todo esto solo sea un sueño... o una pesadilla.

CAPITULO III

CICATRICES ABIERTAS

1

¡Tengo mis manos llenas de sangre! Siento que no puedo más; estaba dormido y he despertado por un fuerte golpe en la mesa, al abrir los ojos lo primero que he visto es una mano que sostiene un cheque, que aparte de estar lleno por \$53.800.000 lleva un timbre que señala PROTESTADO. Creo que por un segundo y medio no entendí nada, pero al levantar mi cabeza y dirigir mi vista hacia el perpetrador del golpe, me ha quedado todo claro. Era Oscar Vergara mi antiguo socio, tenía las ojeras tan marcadas que por un momento, dudé que se tratara realmente de él; me miraba con los ojos rabiosos. Lo que hago enseguida es cerrar mis ojos y pensar *—no puede ser, no puede ser, no puede ser*. Pero en ese mismo instante le escucho decirme:

—Sabía que algún día te encontraría.

Y, perplejo, enciendo un cigarrillo a la velocidad de la luz, miro de nuevo el cheque y recuerdo la tarde en Puerto Montt en que se lo extendí: Recuerdo su felicidad al recibirlo; al fin habíamos vendido la empresa y él iniciaría una nueva vida junto a un nuevo negocio fuera de Chile. Estaba tan entusiasmado, si tan solo yo no hubiera cometido tantos errores y hubiese podido cumplir con mi palabra, si tan solo el destino no se hubiese puesto en mi contra y hubiera podido pagarle... jamás debí esconderme, jamás debí dejar de contestarle el teléfono, jamás debí... traicionarlo.

Recuerdo bien que la última vez que lo vi hizo lo mismo en un restaurant de la calle San Diego, yo almorzaba junto a Carlos Solorza (Q.E.P.D), mientras sosteníamos una reunión de negocios, cuando irrumpió golpeando la mesa con el cheque en sus manos, con una expresión de rabia idéntica a la que tenía ahora, pero con un aspecto bastante diferente. Oh mierda, recuerdo también lo que le dije al instante:

—Perdóname Oscar, perdóname, *te juro* que no te había podido ubicar, pero no te preocupes tengo tu dinero, *¡tengo tu dinero!*

Inventé una historia excelente que no puedo recordar con exactitud, y con mi mejor labia le convencí a que me acompañara a mi oficina de la calle Ahumada, donde le pagaría... Juro que al menos esa era mi intención en aquel momento.

Recuerdo que su familia lo buscaba, pero nadie se enteró de que el último día de su vida había estado conmigo. Mi intención en primera instancia era pasarle dinero, aunque sea para abonar a la deuda, y no entiendo, pero luego, una vez en la oficina, *me nublé*, me nublé como me vive sucediendo y cuando desperté, tenía las manos llenas de sangre igual como las tengo ahora.

Justo antes de que pudiese responderle algo a Oscar ha llegado la muchacha con mi pedido. Veo que en la bandeja lleva un platillo con cubierta de metal, la jarra de cerveza, una cajetilla de cigarrillos y un vaso shopero. Pone la jarra encima de la mesa, (mientras en todo momento Oscar me observa con el ceño fruncido y con sus grandes ojeras marcadas bajo sus ojos rabiosos) luego el vaso shopero y lo llena lentamente (todo lo hace sin mirar siquiera una vez a Oscar y con la sonrisa dibujada en el rostro como si ésta fuese producto de una cirugía plástica mal ejecutada o algún parentesco con el guasón), me pasa la cajetilla de cigarrillos y coloca encima de la mesa el platillo con cubierta de metal.

—Esto es cortesía de la casa —me dice y se larga.

He cerrado mis ojos tratando de convencerme de que no, de que esto no puede estar sucediendo, que no puede ser real, que algo me tiene que haber pasado, algo que debe ser por completo lógico y me veo en la necesidad de averiguar qué es.

Mientras, he mantenido los ojos cerrados y no he escuchado más, el ruido de los zumbidos del bajo proveniente del otro salón ya no está y tengo la impresión de haberme quedado solo en la mesa. Me

quedo así durante un rato, con la vaga esperanza de que cuando abra los ojos me encontraré en mi cama al lado de Sara, y la abrazaré y besaré y todo esto no habrá sido más que un sueño imbécil. Pero cuando los he abierto, aunque ya no estoy en la discoteca tampoco estoy al lado de Sara. Puedo reconocer de inmediato las paredes de mi oficina, mis falsos títulos colgando, mi computadora con el protector de pantalla de las tuberías, mi cuadro de *Ziggy Stardust* y al frente, justo al frente de mí, *me veo*, sentado en la silla reclinable acolchada que me acompañó en tantas tardes. Me *veía*, pero desde otros ojos, estaba dentro de otro cuerpo, pero solo accediendo a sentir lo que ocurría, no pudiendo ocupar ni siquiera un músculo del cuerpo que habitaba, la pierna de este cuerpo zarandeaba incesantemente mientras mi versión en tercera persona abría el cajón del escritorio buscando algo (De pronto tuve plena certeza de a quien pertenecían los ojos por los que miraba, eran los de Oscar, está esperando a que le pague como le he prometido en el restaurant), luego se ha puesto de pie y quita el cuadro de *Ziggy* que tenía a sus espaldas, posterior a esto comienza a abrir la caja fuerte, (la combinación aún la recuerdo 811027) cuando abre la compuerta, los ojos por los que veo no pueden ver nada excepto mi espalda, pero yo si recuerdo lo que vi ese día al interior de la caja fuerte: varios fajos de billetes, un par de chequeras, unas libretas con mis cuentas y al lado mi pistola de 9mm. Recuerdo con claridad que lo primero que hice ese día fue tomar todos los fajos de billetes, pero luego los solté y deslicé levemente mis dedos por la culata de la pistola, casi inocentemente. Así que desde acá rogaba: *-no, no, no, ¡por favor no lo hagas! Págale, págale, no llesves esta miseria en tu vida, ¡por favor págale!*, pero rogué sabiendo que no lo haría, mientras la pierna de Oscar seguía zarandeando y sus manos frías temblaban mientras dificultosamente hacía tronar sus nudillos. En un momento, mi versión maldita da la vuelta y dispara contra el cuerpo que ocupo. La bala entra por la yugular y por un breve instante veo una explosión de sangre como una tubería que se rompe desde el cuello, caigo al suelo, puedo sentir el dolor de Oscar, un dolor agudo que recorre desde el cuello hasta la cabeza y luego, antes de pensar cualquier cosa me invade un frío, un frío demencial que se propaga por todo el cuerpo; lo peor es que puedo ver por los ojos de Oscar todo cuanto ocurre y veo que mi

versión maldita toma una bolsa de basura del cajón y le cubre la cabeza, la visión se me va a negro y solo siento las pequeñas palpitaciones del corazón, el dolor en el cuello, el frío helando la sangre, el sonido del tráfico, el ruido del motor del aire acondicionado y lo más terrible, que antes de que el cuerpo de Oscar se comprimiera y diera su último estremecimiento, he sentido la tristeza de las cuatro lágrimas que caen por sus ojos antes de morir. Justo en ese momento vuelvo a tener mis ojos cerrados y cuando los he abierto he vuelto a estar en la discoteca, pero esta vez solo junto a mi cerveza, mi cigarrillo que está consumido en el cenicero y el platillo de cortesía de la casa aun cubierto con la tapa de metal.

2

Mis lágrimas se desplazan por mis mejillas como si mis ojos fueran llaves goteando con descontrol, a mi alrededor a nadie parece extrañarle lo que me ha sucedido, ya que no hay nadie que me mire ni que me ponga atención, todos están ocupados en sus asuntos, y debo decir, que si antes tuve un nudo en mi garganta, ahora es como si tuviera atascada una roca ¿Por qué? Porque estoy arrepentido, por primera vez lo siento de verdad y quiero confesar de una buena vez lo que he hecho y creo, que para comenzar, diré que lo peor que he hecho en mi vida ha sido recurrir una y otra vez a la expresión “me nublé”, la que he usado ya demasiadas veces; y estoy arrepentido porque no siempre ha sido verdad. Aún recuerdo lo que pensé al abrir la caja fuerte. Una mente frívola y despiadada que vive en mí había despertado de nuevo. Confieso que no quise pagarle a Oscar... por la mierda, mi maldita ambición, mis malditas ganas de conquistar a Sara ¿Serviría de algo decir que todo lo he hecho por amor? No lo sé, solo sé que el dinero se me fue por entre los dedos y que los mismos tipos a los que les pagué para que desaparecieran el cuerpo de Oscar terminaron por acabar con mi vida. ¿Para qué dar más detalles?, ¿para qué decir cuánto he fumado?, ¿para qué mierda tratar de entender por qué mierda sigo escribiendo esta huevada?, no lo sé. Tengo la sensación de desvanecerme junto a un leve hormigueo en la cabeza, lo que me hace recordar y advertir que el Señor K puede estar cerca. Quiero salir corriendo, pero mis piernas no responden, es como si

cada vez que quisiera hacerlo comprendiera que estoy sentenciado a esta maldita silla y a este lugar adonde nunca debí haber venido. No ha llegado nadie, es más, las personas que había a mi alrededor han empezado a desaparecer de a poco. Sé que en algún momento algo me pasará, he bebido toda la cerveza, pero es una sensación extraña, es como si el alcohol no llegara a mi sangre, porque ni siquiera tengo una leve sensación de mareo. He quitado la cubierta de metal del platillo y no lo he podido creer: Los macarrones a la Sara estaban servidos *¡los he probado y son los mismos!*, maldita sea, aun no puedo entender que me ha pasado, espero que las palabras del Señor K hayan sido reales y pueda encontrarla en alguna parte, por último, para que solo me logre escuchar decirle cuanto lo siento.

Espero la oportunidad...Apenas la tenga... correré tan fuerte como pueda.

3

El señor K. ha pasado por mi lado sin mirarme, como si no recordara siquiera haber conversado alguna vez conmigo, y cuando yo lo he llamado, se ha vuelto hacia mí, ha levantado su barbilla y ha dicho algo así como: "*Ah verdad...*" Apenas se ha acercado le he suplicado.

— *¡Por favor ayúdeme a salir de aquí, se lo ruego!* —le digo tomándole de la chaqueta, aun sin poder moverme de la silla en donde estoy plantado.

—Sr. Rodríguez me temo que eso es imposible...

— *¡Pero usted dijo que me traería a una fiesta!*

— *¿Y acaso no es así?* —me preguntó con una sonrisa oculta, levantando casi imperceptiblemente la comisura derecha de su boca.

—Por favor, haré lo que sea, se lo suplico, déjeme ir, *¡no merezco esto!*

—Perdóneme que le diga esto Sr. Rodríguez, pero todos los que ve aquí usted, todos merecen estar acá.

—Señor K respóndame algo por favor... estoy muerto... ¿verdad? —le preguntó.

Él se carcajea y me responde:

— ¿Muerto? No, no estás muerto, —ríe— ¿Qué lo hace creerse tan especial? mira Andrés, para que tú sepas, es la vida la que llega sin aviso alguno, la que nos despierta un día y nos obliga a vivirla, pero la muerte... la muerte hay que ganársela. Y te reitero tú *no estás muerto*, tú estás en esta mesa conversando conmigo, fumando, bebiendo cerveza y comiendo los Macarrones a la Sara que tanto te gustan... Aún no tienes idea de lo que significa estar muerto.

— *¡Pero usted me mintió! ¡Usted me dijo que trabajaba acá!*

—Y es lo que hago amigo mío.

— *¿Ah sí? ¿Y qué es lo que hace específicamente?... Si se puede saber* —le pregunto sulfurado y apretando mis dientes.

El señor. K vuelve a reír, pero esta vez con una sonrisa burlona.

—Yo soy el encargado de irlos a buscar y dejarlos aquí ¿Te acuerdas de la película *El transportador?*

Y me acuerdo de inmediato del pelado conduciendo el *Mercedes Benz*.

—Sí, le digo.

—Bueno yo hago eso, los dirijo, los transporto.

— *¿Los dirige adónde? ¿Qué es este lugar?*

—En el tiempo indicado lo comprenderá.

— *¿Y por qué no me dijiste eso cuando apareciste?*

—Digamos que a veces me dan ganas de conversar; en el fondo soy como un maldito taxista sabes.

— *¿Pero dijiste que vería a Sara!* —le dije empuñando mis manos y lleno de ganas de golpearlo

— *¡Y la verá!* No me haga hacerle daño Sr Rodríguez, mire le daré un consejo: Aproveche de beber, fumar y comer a gusto, porque esta transición es como estar en la playa de vacaciones tomando el sol comparado con lo que viene después.

— *¡Pero no! ¡Usted dijo que bebería con unos amigos y que me relajaría! ¿No? ¡Maldito hijo de puta! ¡Eso fue lo que me dijo!* — Le grité mientras caminaba alejándose de mí y de paso dejándome hablar solo. Se dio media vuelta y fijó su vista en mí, sus ojos negros viscosos penetraron los míos, y sentí, como si introdujera su mano en mi cabeza y hubiera estrujado por algún momento mi cerebro, un dolor horrible y punzante, un dolor agudo que bajaba por mi frente tocándome las cuencas de mi nariz.

—Bueno, ¿y no ha sido de su agrado ver a Don Oscar? —me dice y yo me quedo mudo viendo cómo se va.

Siento que me suelta el cerebro y caigo desvanecido en la mesa perdiendo la conciencia, quien sabe por cuánto tiempo, ya que ahora vuelvo a mirar inútilmente el reloj de mi *BlackBerry* y este sigue con la hora pegada en las 22.45. Junto a mí está la camarera que me sonrío y me dice:

— *¿Algo más Sr Rodríguez?*

Recuerdo el consejo del Señor K.

—Sí por supuesto, le respondo.

4

Me ha vuelto a pasar, eso, lo de ver a través de otros ojos, lo de vivir en otro cuerpo. He sentido el dolor de cada golpe que alguna vez propiné, de cada herida que alguna vez infligí, de cada muerte que alguna vez causé, he sentido hasta las palizas que les di a algunos animales a los que ni siquiera recordaba.

La última vez que me pasó, me costó un poco más saber a quién pertenecían los ojos que ocupaba, pero al ver a mi versión maldita con poco más de 30 años menos parado sobre el cemento, con las mangas arrellanadas y los puños cerrados, llevando una maquiavélica sonrisa en el rostro, sintiendo el sol hostigante en la cabeza y viendo como todos los alumnos nos rodeaban y gritaban: — *Pelea, pelea, pelea, pelea*. Lo he sabido. Los ojos pertenecían a Freddy Salazar. He podido sentir su miedo, un terrible temblor recorriendo todo su cuerpo, el castaño de los dientes, la orina cayendo lentamente por su pierna, solo unos pocos segundos antes de que yo me abalance sobre él a golpearlo. Lo demás que he sentido ha sido solo dolor, dolor y más dolor. He sentido el sabor de la sangre en sus encías, también la desesperante sangre saliendo de la nariz como una pequeña cascada y he sentido también, cada uno de los puntapiés que le propiné esa tarde. Pero lo peor, es que cuando ya no le han quedado fuerzas, prácticamente para nada, escucho lo que dice su boca ensangrentada: — *Por favor no más, no más, no más*, y yo también hago dúo con él desde acá, desde la oscuridad: — *No más, no más, no más, por favor no más*. Pero bien sabía que sí habría más, cómo no saberlo si yo mismo fui el autor de tan brutal acto. Mi versión maldita se ha acercado con un lápiz, ha tomado el cabello de Freddy y levanta su cabeza para luego reventarle un ojo. La sensación ha sido horrible, el punzón sobrepasando su cuenca izquierda, el

ardor del ojo, la arcada espontánea y el seguir escuchando aunque muy débilmente: *No más, no más, no más, por favor no más...*

He tomado una decisión, apenas pueda hablar con Sara, me quitaré la vida... Y así aseguraré que mi versión maldita no siga haciendo más daño del que ya ha hecho... Junto con esta decisión, de pronto siento que he recuperado el movimiento en las piernas y el hormigueo en mi cerebro ha desaparecido, es una sensación de completa liberación.

Necesito ver a Sara, pero ¿dónde encontrarla en este lugar? Apenas podría reconocer un hombre de una mujer con esas luces sobre sus cabezas; se me ocurre de pronto que lo más lógico sería empezar a buscarla en la cocina, *¡tiene que haber estado ahí para cocinar los macarrones!*, sé que suena a estupidez, pero una parte de mí realmente lo cree. Lo único que necesito saber es dónde está la cocina, en qué parte de este misterioso lugar se encuentra; se me ocurre preguntarle a la camarera que logro divisar a lo lejos atendiendo otra mesa, me levanto, voy hacia ella y le pregunto, procurando antes guardar los cigarrillos en mis bolsillos y bebiendo el concho de cerveza que aun descansaba en el vaso. Me ha dicho que la cocina está en el sexto subterráneo y que el ascensor se encuentra cruzando la pista de baile, *¡sexto subterráneo!* ¿No será demasiado abajo para una cocina? , me pregunto mientras me doy cuenta de no tener recuerdos de haber conocido algún lugar con tantos subsuelos.

5

Luego de hablar con la camarera he bajado corriendo las escaleras, al pisar los primeros escalones, ya se me han inundado los oídos de esa música electrónica que me suena tan familiar, pero que de seguro no conozco, el zum zum de los parlantes sacude mi cabeza como si estuviera adentro de alguna montaña rusa y lucho por no tararearla. En escasos segundos llego abajo, todo el mundo sigue moviéndose estruendosamente, voy atravesando a los religiosos locos a través de la pista de baile con dirección a los ascensores y mientras avanzo me he podido fijar en que al igual que afuera, todos llevan las

ojeras muy marcadas y hundidas, y nadie parece verme o fijarse en mí, creo que lo que hacían ni siquiera era bailar. Una mujer gorda con sus labios pintados muy rojos lloraba mientras su cuerpo no dejaba de convulsionar; en otro momento, cuando corría me ha llegado un patadón en mis testículos, cuando he visto al tipo, éste estaba con la mirada perdida alzando sus brazos hacia el cielo y con los pies moviéndolos como si fuera una clase de baile ruso extremo. Seguí caminando y fue extraño, porque el golpe que recién había recibido entre las piernas parecía no haberme hecho daño. Metí mi mano dentro de mis calzoncillos y afortunadamente mi pene y mis testículos seguían ahí. Otro detalle: todos bailan solos, al entrar tuve la impresión de que bailaban como si celebrasen el año nuevo o algo por el estilo, pero no, no es así, todos bailan solos y nadie conversa. Solo se mueven con movimientos extraños y descoordinados bajo la música que sigue sonando tan fuerte como siempre.

Cuando por fin logré atravesar la pista de baile, llegué a una puerta que llevaba escrito en una placa: "No ingresar, solo personal autorizado". La he abierto y me he encontrado con un pasillo que tiene tres ascensores, todos detenidos y con un único botón en la esquina que lleva una flecha hacia abajo. Lo he presionado y se han abierto los tres. He elegido el primero a mi izquierda y al entrar solo me he encontrado en el interior con otro botón, pero que esta vez llevaba escrito -6. También lo he presionado y el ascensor ha comenzado a descender; espero llegar abajo pronto.

Tengo una rara confianza y certeza de que me encontraré con Sara. Es como si cada metro que bajara me acercara más a ella, como si pudiera olerla. El interior del ascensor tiene un espejo que lo rodea, me he mirado el rostro y me ha dado miedo ver las ojeras pronunciadas que llevo bajo mis ojos. Me pregunto si acaso se deberá a todo lo que he llorado, pero lo cierto es: que nadie de los que he visto acá parece llevar un mejor *look*. ¿Hace cuánto dormí? No lo recuerdo bien y no sé para qué, pero he vuelto a mirar mi reloj y éste sigue estático en las 22.45 horas. Me he vuelto a mirar y me fijo de pronto que bajo mi mentón un delgado moretón negro recorre todo mi cuello, es una magulladura de la que no tengo recuerdos, un pequeño

hilo de color morado que no recuerdo haberlo tenido antes... *¡No recuerdo habérmelo hecho!*

Me siento en la necesidad de recapitular, por lo menos mi último día para encontrar la respuesta, ...

6

... recordar todo lo que acontece desde la última mañana en que recuerdo haberme levantado de la cama.

Esta mañana.

Primero, me he levantado a las 07.00 a.m. He apagado mi *BlackBerry* rápidamente. Odio el sonido de su alarma, siempre he querido cambiarlo, pero al cabo de un rato se me olvida y sigo despertando con la irritante melodía por defecto. Luego, he visto a Sara durmiendo a mi lado, acurrucada en su rincón con un brazo colgando fuera de la cama. Me acuerdo de su pijama de seda blanco que tanto me gusta, ese que me permite ver indiscretamente sus pezones. Luego, recuerdo haber entrado al baño y haber hecho mis necesidades, después una ducha, sí, recuerdo bien la ducha. Cuando salí de ella me vestí en la sala de estar, no quería molestar a Sara, menos después de la discusión que habíamos tenido la noche anterior. Cuando me vestía, recuerdo que encendí el televisor de la sala y en el matinal un tipo hablaba y hablaba miles de formas distintas para decir que hacía frío. Tomé mi paraguas y antes de retirarme del departamento le di un beso a Sara en la boca. Pensé que no lo sintió, porque no hizo el menor movimiento, y tan solo siguió durmiendo. Salí a paso rápido por el pasillo antes del ascensor, cuando bajaba entró la señora Florencia, la anciana que siempre me topo por las mañanas y que me comenta lo mismo de siempre acerca del clima – *Hola qué manera de hacer frío* u, –*Hola qué manera de hacer calor*. Todas las mañanas, siempre dice lo mismo, yo siempre la miraba con una sonrisa piadosa y asentía con empatía, no me molestaba, siempre pensé que a la pobre vieja le quedaban pocos años, jamás se me pasó la idea de que viviría más que yo.

Luego, cuando he salido a la calle, he tomado un taxi de inmediato, siempre he tenido esa suerte de atrasado, como si al igual que en *El Alquimista* de Coelho el universo conspirara para ayudarme a llegar a la oficina a tiempo. Al entrar al automóvil recuerdo que el taxista tenía la calefacción demasiado fuerte y eso como que me atontó. Le dije: Lléveme a Miraflores con la Alameda por favor, y me dormí con mi cabeza apoyada en el vidrio.

Cuando desperté estaba a punto de llegar, (también es otra cosa que me vive sucediendo, como si tuviera un ser adentro siempre atento a las direcciones) le pagué al hombre del taxi y llegué al edificio. Sí, así fue, lo recuerdo bien.

Segundo, Recuerdo que me disponía a entrar en el edificio para llegar a la oficina cuando me percaté del despelote que se vivía a esas horas de la mañana, y todo porque alguien había dado un aviso de bomba. Supuestamente, ésta se encontraba en el piso siete, por lo que no se le permitía a nadie el ingreso. Estuve ahí durante un rato viendo cómo se desocupaba el edificio, reunido con mis compañeros de trabajo que fumaban como condenados, (similar a como lo he hecho yo todo este rato) viendo como llegaban los peritos vestidos como astronautas a ver la posible bomba, haciendo algo por fin que justifique sus sueldos. Creo que es probable que varios de esos tipos nunca hayan visto una bomba real, y es que se veían tan emocionados y excitados, dándose tanta importancia mirando a todos con altanería y poniendo sus mejores voces de hombres para decir: —*Salgan del área, —Área cerrada, —No podemos dar esa información.* Me produce un poco de risa acordarme.

Pero hoy era el día que todos ellos esperaban, porque cuando todos hablábamos acerca de cómo nuestro jefe era un verdadero imbécil, fue que sentimos la explosión, pero no del séptimo piso sino del quinto. Unos vidrios se rompieron y los vimos caer en el cemento. Las cámaras de televisión llegaban de todos los canales buscando desesperados a alguien para entrevistar, me hice el tonto cuando vi a un periodista mirándome de soslayo. Odiaría salir en televisión y que la gente que me conoce me viera. Justo y como un salvavidas nuestro

jefe, conocido por ser un zángano inhumano de mierda, por primera vez da un indicio de ser una persona, acercándose a nuestro grupo, y diciendo textual:

— *“Bueno, creo que tendremos que cancelar el día laboral de hoy, ya que los peritos no tienen claro cuánto demorarán en inspeccionar el edificio, y francamente con el clima que hay, creo que todos se están arriesgando a un resfrío parados aquí afuera, así es que me despido muchachos. Estén atentos a sus correos por si pasa cualquier cosa”.*

Quedamos todos perplejos haciéndonos la misma pregunta: *¿Dónde se fue el explotador de mierda seca pulmones de nuestro jefe? ¡No lo podíamos creer!*, todos le miramos cuando se iba caminando hacia el estacionamiento reservado que tenía en el edificio. Por un momento pensé que se devolvería y nos diría que estaba bromeando y que nos llevaría a todos a un cibercafé a preparar los informes, pero eso no ocurrió e inicié camino de regreso a mi departamento con la cara llena de risa. Tomé otra vez un taxi, éste al contrario del de ida tenía la temperatura muy agradable y mientras recorría las calles planifiqué todo un desayuno para sorprender a Sara.

La planificación del desayuno incluiría un pastel de piña (su pastel favorito), bombones, café, tostadas y galletas, acompañados por algún regalito cursi que encontrase por ahí. Me bajé un poco antes del taxi y pasé al supermercado que quedaba a la vuelta de nuestro departamento. Estaba emocionado, recuerdo que en mi cabeza empecé a fantasear con la idea de hacerle el amor esa mañana, y mientras caminaba por los pasillos del supermercado me incomodaba una erección. Estaba en el interior del supermercado, éste estaba vacío; a esa hora había más reponedores que clientes y por lo mismo la compra fue en extremo rápido. Me atendió una cajera que estaba pagada leyendo el diario. Salí con las bolsas y caminé hacia el edificio, pasando antes a una tiendita que vendía peluches y artículos para regalo, recuerdo que estaba indeciso entre un oso café que tenía una cara muy tierna que llevaba una leyenda en su camiseta que decía “Te Quiero” y un globo con forma de corazón que llevaba una que

decía “Te Amo”. Me decidí por el globo. Cuando llegué el conserje no estaba en su puesto de trabajo, por lo tanto, no me vio entrar. Subí el ascensor con las bolsas de supermercado chirriando, el sonido se propagaba fuerte en el vacío. Una vez que llegué a nuestro quinto piso, saqué mis llaves del bolsillo y entré. Todo seguía como lo recordaba hacía unas horas atrás, me metí en la cocina tratando de no hacer ruido y así no arruinar la sorpresa; saqué primero los víveres de las bolsas, puse la tetera al fuego y me fui a la sala de estar, tomé asiento y encendí el televisor procurando mantenerlo en un volumen bajo, hice un pequeño *Zapping* y me quedé con un partido de tenis en el que Nadal le pateaba el trasero a un jugador desconocido. Sentía la misma sensación de cuando era niño y faltaba a clases, me levanté del sofá y me puse a mirar a través de la ventana. Fui testigo de cómo todo el mundo caminaba estresado hacia sus trabajos, del taco insoportable que se producía en la calle San Diego. Vi como una señora demasiado abrigada vendía café y sopaipillas en la esquina del frente, tenía a cinco clientes esperando su turno, los bocinazos, las aperturas de las tiendas de bicicletas, los kioscos...

CAPITULO IV A TRAVÉS DE LA OSCURIDAD

1

El silbido de la tetera me sacó de mis pensamientos abruptamente, y alarmado ante el sonido corrí a apagar el fuego antes de que éste se propagara demasiado. Quería que todo saliera perfecto. Llené la bandeja de madera mientras me acordaba cuando la compramos al artesano que las vende a un costado del parque Brasil “*Linda, práctica y barata*” Ésa fue la observación que hizo Sara el día que la compramos. Puse el pastel en una esquina, el globo en el centro, llené las tazas de agua caliente y puse en un plato las galletas. Recién me doy cuenta que no compré los bombones. Cuando entré a nuestro dormitorio Sara estaba tapada hasta el cuello con nuestro cobertor de plumas blancos y al mirar su rostro me pude dar cuenta que tenía los ojos abiertos como platos; no pensé en ningún momento en la posibilidad de que podría haberle asustado, de que si me llegase a sentir se aterrorizaría, aunque ahora que lo pienso bien era lo más probable, pero siempre se me ocurren esas cosas cuando ya no sirven, en todos los casos. Esa idea en esta historia es irrelevante, puesto que Sara no estaba asustada y sabía exactamente que era yo quién merodeaba por ahí. Acordarme de sus ojos y de su inquietud me recuerda ahora al viejito con boina de la zapatería, quién presentaría la misma actitud horas más tarde.

Sonreí como imbécil, la miré como idiota y dije como un estúpido:

— ¡Sorpresa!

Ella apenas disimulando su nerviosismo accedió a mis besos, los rencores por todo lo que había sucedido la noche anterior habían desaparecido para siempre, el televisor estaba apagado, le pedí perdón por haberla asustado, y ella con una especie de suspiro asintió, se sentó y encendió el televisor con el control remoto, el típico programa matinal se hacía presente en la pantalla.

—Me asustaste mucho, para la otra debes avisarme —me dijo con tono serio.

—Lo haré mi amor, discúlpame —le dije acomodándome a su lado.

— ¿Y qué pasó que estas acá?... ¿No me digas que te despidieron?

—No, no te preocupes, nos mandaron de vuelta porque pusieron una bomba en el edificio, explotó en el quinto piso y lo cerraron hasta nuevo aviso, estaban todos muy asustados.

— ¡Me imagino! —dijo mientras echaba a la taza 3 píldoras de sacarina.

A mi mente llegó esa sensación de desamor que siempre me ha hecho sentir Sara, esa sensación que entristece mi corazón y perturba mi mente, porque por una fracción de segundo, quizás por un momento breve de locura, pensé, que se asustaría por mi vida, se asustaría que haya existido la posibilidad de que una bomba pudiese haberme matado, que la última noche que habíamos vivido, sumidos en una discusión pudiese haber sido la última en que podría haberme visto el rostro, pero no fue así y quizás, como ella dice “no soy como tú” y probablemente tiene razón en decir que es mi maldita inseguridad la que me hace sentir todas esas cosas.

Tomábamos desayuno viendo como en todos los canales hacían un espacio para hablar de la bomba, eso, hasta que volvieron al estúpido matinal. Un periodista entrevistaba a un grupo de personas que aseguraban que entre sus casas había una embrujada; una señora contó que una vez en la noche había visto a un hombre con alas grandes y cuernos salir volando por la chimenea, otro decía que se escuchaban gritos y que si se fijaban bien los animales del barrio no se acercaban a esa casa; contaron también, sobre algunos de los residentes que habían vivido en la propiedad y sus fatales desenlaces: una mujer que había tratado de incendiar la casa muchas veces sin

éxito y que al final terminó ahogándose en la tina sin explicación; otro, un tipo que se había suicidado solo por el hecho de que la televisión estaba aburrida, otra historia hablaba sobre unos hermanos que habían desaparecido en esa casa y de quienes jamás se había sabido nada, y muchas historias similares. Seguíamos tomando desayuno, comentando el programa de vez en cuando, pero el clima era un tanto hostil, llegué a pensar que le molestaba mi presencia (me producía la misma sensación que el viejito de la boina, como de incomodidad) pero de nuevo en mi cabeza retumbaba “mi maldita inseguridad”, ¡mi maldita inseguridad! Parte de mí siempre ha estado convencido de que ésa ha sido la culpa de todos mis males para con Sara, y no fue, hasta terminar de desayunar, cuando ya había retirado la bandeja y pensaba introducirme en la cama que todo se fue a la mierda. Porque cuando se fijó en lo que pensaba hacer (y es que siempre se da cuenta, no sé si mi rostro será muy evidente, pero siempre sabe cuándo quiero hacérselo) me dijo:

—Ni lo sueñes, me duele la cabeza y es muy temprano.

Me amargué un poco y tomé asiento de nuevo, pero esta vez al borde de la cama con el miembro aún duro y le pregunté en tono sarcástico:

— ¿Quieres que te convide una aspirina?

Y con otro suspiro como de alivio ella me respondió que sí, que muchas gracias, además me pidió que pasara a comprar algo para el almuerzo, o mejor aún, que pasara a comprar un menú de comida china y que ahí, luego del almuerzo, me daría mi recompensa. Me lo dijo con esa sensual mirada que me enloquece y con esa sonrisa entre perversa y coqueta que sabe que me mata. Me levanté, caminé hacia la cocina, abrí el primer cajón del mueble y saqué la pastilla, llené un vaso con agua y se lo llevé. Vi hipnotizado cómo bebía el agua, mi pene seguía duro como un palo, luego... es confuso... luego... luego... me cuesta recordar... recuerdo haberle tocado la entrepierna, pero no estoy seguro de que haya sido luego del beso que le di... se me vienen varias imágenes a la mente, pero me cuesta unir las... una

puerta blanca goteando sangre...no sé por qué recuerdo eso... recuerdo a Sara mirándome fijo y temblorosa, mientras metía mi mano en su entrepierna...me recuerdo oliendo mi mano... ¡oliendo semen!...recuerdo sentir el leve frío del líquido entre mis dedos... recuerdo... recuerdo... a alguien saliendo del baño... recuerdo... una puerta blanca goteando sangre... oscuridad...después...oscuridad...después...¡oh mierda no recuerdo que fue lo que sucedió después! Por más que pienso es como si tuviera una gran laguna en el cerebro... ¿A esto me refería cuando decía que me nublaba? ¡Oh mierda necesito saber que pasó! ¿Por qué no puedo recordarlo? Por qué no puedo...

2

El *clink* del ascensor me volvió a la realidad, por fin he dejado de bajar y el -6 está encendido en luz verde sobre las puertas, y de pronto, recuerdo con éxtasis que estoy acá, como que lo había olvidado, pero estoy acá a punto de ver a Sara, lo puedo sentir... puedo sentir su aroma...

Se han abierto las puertas.

3

Al cruzar el umbral me he encontrado con dos largos pasillos que componen la cocina, me recuerda a la cocina del *Titanic*, hay un tipo gordo y alto llevando una sartén, al que le he preguntado por Sara, no me mira y sigue de largo haciendo equilibrio con la misma, como si yo fuese un fantasma. Todos tienen los ojos muy hundidos en sus cuencas y al igual que todo el mundo acá, las ojeras muy marcadas y oscuras. Todos se mueven de un lado a otro con prisa, como en esos programas de chefs que dan en el cable. Traté de preguntarle a una chica, pero tampoco me tomó en cuenta igual que el gordo, la quise tomar del brazo, pero dio un tirón que casi me lo

desprende, aunque lo extraño es que tampoco he sentido dolor, solo el susto de salir disparado hacia el suelo...

*¡La he visto! ¡En el fondo del pasillo cruzando una puerta!
¡Estoy casi seguro! ¡Usa ese pijama blanco de seda!* La emoción que me embarga es inexplicable, necesito verla, necesito decirle...

4

El pasillo parece extenderse dos pasos por cada uno que doy, y es que mientras más camino más lejos veo el fondo.

He resbalado con una especie de salsa que estaba esparcida en el piso y he terminado golpeándome la cabeza y perdiendo el conocimiento por algún rato; ahora sin sentir dolor alguno me arrastro como un gusano hacia la puerta y parece surgir efecto, el avance es lento pero seguro. Cada persona que pasa por mi lado me ignora, algunos incluso me han pisado, estoy en una situación deplorable, pero sé que todo valdrá la pena, porque la veré, tengo la seguridad en mi alma que cuando logre cruzar esa puerta la veré...

5

Sara estaba sentada en una silla frente a mí, con ambos codos apoyados en sus muslos y con sus manos entrelazadas en medio de sus rodillas. Vestía su pijama de seda blanco, el mismo que llevaba la última vez que la había visto. Me miraba con una expresión que solo su rostro podría reflejar: una perfecta combinación de esplendorosa belleza y nostálgica tristeza, aquel rostro que solía llevar al día siguiente de nuestras discusiones.

— *¿Qué has hecho Andrés?* —Me preguntó con tono quejumbroso, hundiéndose en el llanto, pasándose las manos por el rostro como si se lo lavara con lágrimas— *¿qué hiciste con nuestras vidas? ¿No te basta todo lo que he hecho por ti?*

Quedé mudo, por un momento creí que las palabras no me saldrían de la boca, estaba atónito viéndola llorar y ni siquiera me di cuenta cuando empecé a implorarle:

—Mi amor, perdóname por ser tan imbécil, perdóname por todo en realidad —le dije mientras me arrodillaba y le tomaba las manos— he hecho cosas horribles, te he hecho cosas horribles, pero por favor, perdóname, perdóname por haber dudado tanto tiempo de ti, perdóname por tantos malos ratos, perdóname por todo, ahora me doy cuenta, estar acá me ha hecho comprender...

— ¿Cuántas veces me has dicho lo mismo? Ya no te creo nada, has vivido mintiéndome toda tu vida, entiende esto: ¡Yo nunca te engañaría! ¡Yo siempre te he amado como una estúpida! — Me dijo pasando del llanto a la desesperación, soltando mis manos, dando gritos y temblando mientras volvía a frotárselas nerviosamente por el rostro.

Estallé en lágrimas y seguí rogándole:

—perdóname... perdóname por favor... tan solo dime que me perdonas y todo esto acabará —logré decirle como pude entre mis sollozos incontrolables.

— ¿Qué nos hiciste Andrés? ¿Acaso no teníamos todo para ser felices?—seguía preguntando y yo, sin más palabras en mi vocabulario respondía:

—Perdóname, perdóname, perdóname, te amo, te amo...

Hasta que la vi levantar su vista hacia mis espaldas.

Se cubrió el rostro con ambas manos dejando en mis recuerdos una última lastimosa expresión de horror, como si de pronto hubiese visto algo horrible. Me volví hacia mis espaldas y vi al Señor K de pie, de la misma forma que recuerdo haberlo visto afuera de la botillería, pero esta vez su cabeza parecía haberse

agrandado y sus ojos negros parecían dos babosas gigantes cubriéndole casi toda la parte superior del rostro, su piel tensa seguía pareciendo de goma y su sombrero de copa se le veía ridículo. Todo lo que me rodeaba comenzó a desvanecerse, a derretirse ante mis ojos, las frías paredes de cemento, el Señor K, Sara sentada en la silla, y quedé sumergido en la oscuridad.

Oscuridad.

Oscuridad...

Estaba sumergido en la oscuridad, sin poder ver ni sentir, aunque si podía escuchar algunos sonidos como a lo lejos; dicen que cuando mueres el oído es el último sentido que se va, y me sentía como si estuviese en estado de coma. Una vez, un amigo que había pasado dos años en ese estado luego de un accidente automovilístico me relató la sensación, “*Es como estar viviendo inmerso en la oscuridad sin un cuerpo*”, era muy parecido a eso, era como navegar dentro de la mente, sin imágenes, sin poder ir a ningún lado, sin distinguir un día de otro... sin saber realmente si estás vivo o muerto. Él siempre me explicaba que a veces como que sufría pequeños destellos de luces, como que despertaba de repente por una fracción de segundos y volvía a caer en la oscuridad prontamente. Así había estado, hasta que un día el destello llegó para no irse y volvió a la vida normal, aunque me contó también que había tenido que aprender de nuevo a hacer varias de las cosas normales que hace una persona como caminar o hablar. Estaba asustado pensando en eso y otras cosas, pensando en Sara, recordándola cuando los destellos de luces comenzaron a sucederme, aunque por distintos períodos de tiempo.

Recuerdo haber despertado encima de una camilla, con mi cuerpo afirmado por correas; arriba había una luz, era como estar en un pabellón, y tenía algo en mi cabeza, recuerdo que cuando movía el cuello sentía las punzadas de algo metálico. A mis costados había otras camillas con otras personas arriba, el que estaba a mi derecha, un tipo canoso me miraba y gritaba y a mi izquierda se encontraba una mujer con los ojos cerrados. Sentí el eco de algo chirriando,

alguna especie de máquina cortadora desde los alrededores, cuando traté de mirar hacia mis pies, el dolor en mi cabeza se intensificó, sobre todo en mis sienes; sea lo que sea que tenía puesto en la cabeza estaba incrustado en mis sienes. Tenía frío, me di cuenta que estaba desnudo cuando hice el último esfuerzo por ver algo más, pero fue inútil y otra vez caí en la oscuridad.

Oscuridad...

Oscuridad...

Otro destello.

Estaba de pie en una cápsula de líquido verde flotando, al abrir mis ojos y concienciarme sobre mi realidad me he desesperado porque no he comprendido de qué forma respiraba, me recuerda ahora que lo escribo a *Luke Skywalker* cuando se recuperaba en *El Imperio Contraataca* luego de que *Lord Vader* le hubiera cortado la mano, Era algo así . Luego recuerdo que vi algunas sombras o manchas distorsionadas acercándose hacia la cápsula. Las figuras que veía no era para nada humanas, eso lo tengo claro. Yo me retorció en el interior, pensando en que me ahogaba y otra vez caí en la oscuridad.

Oscuridad...

Un largo y desesperante paso por la oscuridad.

Ahora he vuelto a despertar, estoy en la calle con una jaqueca horrible y un olor nauseabundo a trago, visto un abrigo que no reconozco, he revisado sus bolsillos, y aunque no he encontrado mi billetera con mis documentos, si extrañamente aparece mi *BlackBerry* donde escribo esto. Al parecer todo ha sido una pesadilla, una lección para aprender a no volver a beber. No puedo negar que sienta mucha nostalgia y es que todo ha sido tan real... siento la necesidad urgente de regresar a casa...

Un momento, algo está mal. ¡No ha podido ser un sueño!, sino, ¿de qué manera podría haber escrito todo esto?, a menos que haya estado escribiendo borracho y no sé bien si en ese estado poseo aquella habilidad, pero es lo único cuerdo que se me ocurre por ahora.

Estoy en la Gran Avenida, frente a un *McDonald's*; la avenida es un caos, mucha gente transita, veo un negocio de venta de artículos de cumpleaños con un payaso haciendo publicidad en la puerta, ni siquiera el maquillaje puede ocultar su amargo rostro, un poco más allá en el semáforo, un trío de muchachos reparten volantes, seguramente son los que le hacen publicidad a una gitana *Madame Samira*, *Uniones Limpias*, *Alejamientos*, *descargas*, *blablablá* puedo verlos en el suelo dejándose llevar por la ventolera que dejan los buses de la locomoción colectiva, después, justo frente a mí veo el Caracol Lo Ovalle, con un letrero desteñido jamás restaurado. Un tipo acaba de robarle la cartera a una señora muy bien vestida con sombrero que estaba a punto de subir a un taxi, nadie ha hecho nada y la mujer ha decidido tomarlo igual.

Me duele todo el cuerpo, siento como si hubiese hecho mucho ejercicio después de meses de sedentarismo, aunque lo que le gana a todos los demás dolores es la cefalea que me ataca. Hago el leve intento por ponerme de pie y siento como si mi cabeza pesase 30 kilos. La gente que pasa a mi lado me ignora, incluso los *pacos* que han pasado me ignoran y cómo no, si en este estado hace rato que debiesen haberme llevado detenido. Debo levantarme e ir a casa, necesito descansar y aclarar mi cabeza, y por sobre todo, *necesito* ver a Sara.

6

Me cuesta moverme, aunque con esfuerzo ya he logrado avanzar un par de kilómetros, siento que mis músculos poco a poco empiezan a aflojar, me siento como una máquina en desuso que ha vuelto a moverse luego de años de acumular óxido entre sus engranes. El dolor de cabeza continúa intensamente, pero cada vez más soportable. Siento como si llevara un sombrero de acero en el

cráneo, mis sienes palpitan, mis ojos lloran y mis conjuntivas arden. He encontrado en uno de mis bolsillos interiores una cajetilla de cigarrillos de los que adquiriré anoche, por suerte aún quedaban tres en el interior, uno de ellos tiene un dibujo similar al ojo de Horus en el cilindro, es el mismo que me convidó el Señor. K. Comprendo ahora que todo ha sido real, que quizás el Señor K ha venido a este mundo a darme una lección. Enciendo el cigarrillo con una colilla que un transeúnte acaba de lanzar al suelo; la bocanada que he dado me ha producido un escozor raro en los labios, pero el sabor y la tranquilidad que me proporciona lo paga. Apenas lo termine caminaré fuerte y derecho hasta llegar a nuestro departamento.

He tenido que volver a descansar, mi boca arde, siento como si la tuviera rota y me llenaran la herida con sal y limón; quizás, con la borrachera me la he mordido o me he dado algún golpe. Estoy a solo dos calles de mi departamento, Gran Avenida ya ha desaparecido para llamarse ahora San Diego y las sombras que proyectan las pequeñas edificaciones se hacen presentes inundando mi camino. Mi corazón palpita fuerte y respiro angustiosamente; estoy sentado en la esquina de la calle Eyzaguirre, viendo las miradas asqueadas de quienes pasan por mi lado, hay un kiosco en esta esquina, aún no cambian los periódicos, quizás desde hace cuánto tiempo, lo sé porque reconozco la portada de las últimas noticias que dice “Revise su bolsillo: Hay monedas de \$500 que valen \$300.000 y pienso: ya es asqueroso como este diario intenta vender, pero aplaudo al tipo de marketing quién debe ser todo un genio para tener portadas todos los días, no me extrañaría ver un día que una que dijera: “Atentos, el horóscopo Sudafricano tiene las nuevas predicciones para este año”. Uf, no sé a veces de dónde saco tanta mierda que escribo, solo sé que debo levantarme, llegar a casa, darme un baño, (ya no soporto el hedor que expelo) ver a Sara y hablar de verdad con ella, pedirle perdón y decirle que siento lo mal que me he portado, le juraré que viviré todo lo que me quede de mi vida amándola. Le anunciaré la decisión que he tomado: Nunca más hacerla sufrir.

CAPITULO FINAL

REVELACIONES

1

No sé por dónde empezar, no creo estar seguro ni siquiera de quién soy, lo que me ha pasado ha sido... mierda, no hay palabras que describan lo que me ha pasado, pero me siento con el deber de escribir, quizás con el único fin de recordar, o de dejar evidencia de todo lo que me ha pasado este último tiempo; estoy unido más que nunca a este teléfono, que siento, como la única conexión con mis recuerdos y con mi vida...

Bajé del ascensor, caminé por el estrecho pasillo hacia nuestro departamento y en cuestión de segundos llegué. El 522 seguía pegado en la puerta, bajo ella, un felpudo que llevaba escrito "Home, Sweet Home" descansaba pulcro, al costado derecho el tímido y pequeño timbre esperaba como siempre ser presionado. Estaba ahí, por fin y de nuevo me embargó esa sensación de arrepentimiento, esa sensación de querer abandonarlo todo justo cuando tengo en mis narices lo que tanto he anhelado, esa sensación de estar casi seguro de que volveré a cagarla. Miro la puerta y veo como pequeñas burbujas de sangre comienzan a brotar de ella, pequeñas burbujas que se convierten rápidamente en hilos de sangre que se deslizan por la pintura hasta llegar al suelo. Pero todo esto ha pasado en mi mente, porque he cerrado los ojos y de nuevo estoy frente a la puerta con el 522 en números dorados pegados firme frente a mis ojos.

Toqué el timbre 3 veces, esperando nerviosamente a que Sara saliera, pero no lo hizo. Pensé en ese minuto que quizás dormía profundamente, resultado probable de haber tomado los somníferos que solía consumir cuando andaba deprimida; también podía ser que no estuviera al interior. Recordé que siempre que se me quedaban las llaves adentro, lograba abrir la puerta con una tarjeta que deslizaba por el pestillo; Si la puerta no tenía echada la llave, seguramente podría entrar y por fin quitarme el maldito apestoso olor. Levanté el

felpudo del piso y abajo descansaba la tarjeta *BIP* que tantas veces me sacó de problemas, la deslicé y abrió de inmediato. Entré, el departamento estaba quieto, pero escuché unos pequeños ruidos en el dormitorio. Pensé: *¡No es lo que estás pensando maldito estúpido!* Pero era mi cabeza, era mi maldita inseguridad acechándome una vez más...

¡Mi maldita inseguridad!, ¡mi maldita inseguridad! Me senté en el sofá de la sala con mi mente perdida, descolocada y angustiada escuchando a Sara quejarse desde la habitación, se quejaba igual a como lo hacía cuando *yo* le hacía el amor; reía, se quejaba, reía, agitaba su respiración y volvía a quejarse. Miré alrededor casi sin fuerzas, sintiendo la violenta palpitación en mis sienes y el ardor en mi boca. No se me ocurrió nada más que encender el último cigarrillo que me quedaba en el bolsillo; mis manos temblaban; fumaba, lloraba, me golpeaba la frente con el puño tratando de entender, preguntándome qué hice mal con ella para que me hiciera esto ¿Acaso no todo lo que he hecho en mi vida ha sido por ella? En un momento mis pensamientos y mi respiración fueron silenciados por los quejidos de un orgasmo, los conozco tan bien que pude reconocer al instante esos pequeños dulces gritos. Me puse de pie y de nuevo miré alrededor, encima del comedor había una bolsa con comida china lista para ser consumida, al lado unas tijeras y unos hilos, en el centro el florero lleno de maravillas y frente al sofá, que tenía hundido el cojín en donde recién había estado sentado, el televisor encendido mostraba un partido de tenis. Me quedé de pie hasta que todo sonido pareció haberse extinguido.

Recapacité sobre lo que acababa de pasar, me sentía estúpido, pero en algún minuto me encolericé y la ira pareció ayudarme a recuperar las fuerzas, tomé las tijeras sin plena conciencia de lo que haría con ellas y caminé hacia el dormitorio sin poder desprenderme del dolor que aun sentía por todo el cuerpo, (ya que ni siquiera en el estado mental en el que me encontraba podía dejarlo un poco de lado) mis sienes seguían palpitando y comencé a sentirlas también en el pecho, violentamente, como si el corazón se me fuese a salir por la boca. Abrí la puerta, cuando entré el silencio seguía

inundando la habitación, miré hacia la cama y la vi acostada, aunque no pude ver su rostro, ya que en sus manos sostenía el globo con forma de corazón y eso le cubría el rostro, *¡El globo de corazón que yo mismo le regalé!*, no vi a nadie más en la habitación, tuve una pequeña falsa esperanza de que todo lo que había pasado me lo podría haber imaginado, sabiendo que no era así.

—Hola mi amor ¿te diviertes?, —le pregunté.

Ella de inmediato apartó el globo a un lado y me miró con cara de espanto, como si hubiese sabido en ese momento que yo ya había decidido asesinarla a ella y a su amante. ¿Qué posibilidades tenía de que todo fuera producto de mi maldita inseguridad? Ninguna, aunque después de la noche que había vivido creo que se me permitía pensar cualquier cosa. Fruncí el ceño y la destapé, vi sus piernas unidas, contraídas y casi sin pensar metí mi mano para tocarle la entrepierna, buscando una evidencia y no entiendo para qué si de todas maneras ya había escuchado todo lo que había sucedido recién, quizás, lo hice porque en el fondo soy un huevón masoquista. Ella desvió mi mano con las suyas, pero no evitó que el semen de otro hombre quedara plasmado entre mis dedos ¡Igual a la visión confusa que tuve hace un tiempo! Pensé en ese minuto que era un perfecto *deja vú*. Sara dio un grito y sentí abrirse rápidamente la puerta del baño y vi como de ella salía... *YO, ¡mi versión maldita salía del baño!* Me quede paralizado frente a él... *frente a mí*. Sara se lanzó encima de mi espalda con un salto y rasguñó mi cara e interrumpió mi visión, eso, cuando sentí un golpe en el estómago que me quitó el aire y caí al suelo.

Mi versión maldita estaba fascinada golpeándome cuando vi a Sara cruzar el dormitorio.

— ¿Qué pensabas hacer con estas tijeras hijo de puta? —me preguntó mostrándomelas y en su cara pude ver esa sonrisa maliciosa, la misma que recuerdo haber visto desde los ojos de Fredy, antes de que siguiera atacándome con más crueldad.

Sentí a Sara llamar por teléfono a la policía y luego la vi salir del departamento pidiendo ayuda a gritos. Quedé solo él, *conmigo*, y mi versión maldita puso su rodilla en mi pecho quitándome la respiración y empezó a cortarme, primero un pedazo de oreja, luego un pedazo de nariz y mientras

yo gritaba del dolor, me ha tijereteado la lengua, cortándomela. En ese momento levantó las tijeras usándolas como un cuchillo sobre mi rostro con su mano, y estuve seguro de que me mataría (ojalá así hubiese sido), y esperé a que me enterrara las tijeras en el ojo, tal y como se lo había hecho a

Freddy en el pasado, pero cambió de idea, tomó un secador de pelo que estaba tirado en el suelo y con el cordón comenzó a estrangularme. Justo cuando estaba a punto de cruzar el umbral de la muerte, llegaron los vecinos de los demás departamentos, incluida la Sra. Florencia a prestar ayuda.

Me pusieron de estómago en el piso y me amarraron las manos en la espalda como si fuera un animal al que se comerían, me trasladaron a la sala de estar mientras dejaba un camino de sangre en la alfombra, quedé ahí a la espera de que llegara la policía.

—*Yo lo vi cuando llegó* -dijo la Sra. Florencia, primera vez que le escucho decir algo distinto al comentario de siempre acerca del clima.

Estuve así al menos media hora, escupiendo sangre y estupefacto hasta que llegó la policía. Una pareja de carabineros entró al departamento y me miró con una expresión de indiferencia digna de quien lleva años en el oficio. No recuerdo bien lo que conversaron, pero sí que yo me desmayé, quizás debido a la pérdida de sangre. Estuve sumido en la oscuridad calculo una media hora, aunque ningún tiempo es exacto en este relato; la relatividad del tiempo nunca se me había presentado más verosímil que en esta maldita experiencia. Me llevaron en una camioneta hasta un hospital donde me suturaron la lengua y me hicieron curaciones en la oreja, cara y nariz. Por lo menos, recibí una afeitada gratuita. Después de ahí me llevaron a la comisaría. Antes de que me metieran en la celda a *paca* me preguntó si iba a ocupar el baño antes de entrar, —*sí*—le dije

moviendo mi cabeza de arriba a abajo y entré en él. El baño era tan solo un pequeño cuarto con las paredes descascaradas, con un retrete en una esquina que tenía toda la loza sucia y en el borde restos de excremento y un lavamanos con un pedazo de espejo trizado pegado al cemento de la pared; Cuando miré en él quedé en un estado de perturbación indescifrable. **¡El rostro de otro hombre se asomaba en el reflejo del espejo!**, no era yo, estaba dentro de un cuerpo desconocido, y no era un sueño, ¡me había convertido en otra persona!

Me tomaron las huellas dactilares, mientras un *paco* intentaba interrogarme.

—Respóndeme sí o no —me decía— De dónde eres, ¿de Santiago?

Y yo movía mi cabeza diciéndole que sí y que no alternadamente, sin estar seguro si realmente tenía alguna verdadera noción en ese minuto de quién era o de dónde venía.

— ¿Vives en la calle?

No contestaba, aún recordaba viéndome salir de la puerta del baño; mi mente estaba dando vueltas, confundida, como vagando en el espacio, se me perdían las ideas, me llegaban recuerdos y se me borrraban, una y otra vez....

— ¿Vives en la calle, o no? – insistía

Insistió una y otra vez hasta que se aburríó y se levantó apestado gritando:

— Solo es un indigente de mierda, seguramente debe haber nacido en *cuchumpeo* y nadie lo inscribió jamás, déjalo así es un *NN*:

Y el secretario que estaba en el escritorio con la misión de tomar las constancias, anotaba que anotaba.

—primero una bomba en la mañana y ahora esto, dos mierdas sin resolver es demasiado en un solo día, me iré a almorzar.

Y desapareció de mi vista dejándome en la celda tan solo con mi cerebro.

Estuve un par de horas con mis pensamientos reestructurándose, recordando, tratando de entender algo de lo que me había pasado, acordándome de Sara, preguntándome si acaso realmente la vida que recuerdo me pertenecía o no, si acaso Sara existía, si acaso yo alguna vez existí, si acaso todo lo que me ha pasado no fue más que una película reproduciéndose en mi cabeza. Miles de pensamientos y sensaciones que ni siquiera me hacían sentir sufrimiento, era una sensación de estar perdido, difícil de explicar con el poco vocabulario que me queda. Habían pasado quizá un par de horas hasta que uno de los carabineros se acercó a la reja y me dijo:

—Ven para acá, ¡oye tú!, el de las heridas, ven.

Me levanté por inercia, caminé fuera de la celda que recién había abierto, tuve la sensación de volver a nacer, tenía claro que todo lo que vendría sería un nuevo empezar, pero qué hacer en una nueva vida en la que ni siquiera podría hablar, pensar que alguna vez mis palabras fueron lo único que tenía me martiriza. Antes de irme otro *paco* me advirtió:

—Escúchame bien: Si te pillamos husmeando a esa familia otra vez, no seremos tan condescendientes. *¡Te sacaremos la cresta! ¿Me escuchaste?* -me dijo desde su escritorio con mi *BlackBerry* en sus manos.

Volví a responder moviendo mi cabeza de arriba a abajo, se quedó mirando, levantó la mano y me entregó el teléfono, que por alguna maldita extraña razón seguía con la batería cargada, marcando las 22.45 y con estas palabras escritas quizás desde hace cuánto tiempo, que bien podrían ser años... o siglos.

Salí de allí, tenía la libertad en mi poder, pero... ¿de qué me servía? ¿De qué me servía estar así? ¿Que podría hacer? Mi cuerpo seguía adolorido y tembloroso. Comencé a caminar por las calles sin rumbo, recordando... cada recuerdo era como una cuchilla más en mi espalda, cada error de mi vida era una revuelta más de mis entrañas; caminé y caminé, caminé tanto que vi pasar un día de otro, un amanecer tras otro, por las calles vacuas, junto a los perros, delincuentes y vagabundos de las calles, caminé, esperando en algún momento despertar, confundiendo mis recuerdos, pensando en que quizás todo lo que vivía es lo que merecía por todo el daño que había causado en mi vida y caminé hasta que un día tuve la impresión de despertar, pero cuando me vi, estaba en una esquina acurrucado a un perro con unas ganas horribles de fumar. Y por primera vez en mi vida me puse a pedir dinero en la calle, me paré al lado de un semáforo de quizás que parte de Santiago y empecé a desfilar por la hilera de automóviles que se paraban en cada rojo. Pude darme cuenta de cuan cierto era todo eso que aparecía en los noticieros acerca de cuánto dinero podía ganar una persona pidiendo, porque en pocos minutos tuve para mi cajetilla de cigarrillos y para mi trago.

Tuve la urgencia de alejar todo lo que había pasado por mi mente, necesitaba ordenarme, anestesiarse el dolor... y así estuve hasta hoy, que mientras cumplía mi rutina diaria de desfilar ante los autos, *la vi*, no sé bien después de cuánto tiempo, porque realmente entre el alcohol y el tabaco bien pueden haber pasado décadas. Mi *BlackBerry*, con su batería cargada seguía marcando la misma hora de siempre. Recuerdo que la vi hablando con sus manos libres mientras depositaba en mi taza de plástico doscientos pesos como siempre lo hacía. Le escuché decir a alguna amiga:

—Te juro amiga, *¡está totalmente distinto! ¡Me encanta!*, es un hombre nuevo, lo amo tanto, estaba segura que algún día cambiaría.

Luego una pausa y después:

—Ay no sé si será por el bebé o no, pero estoy feliz y embarazada. Quiero que se parezca a él, si es varón le llamaremos Andrés en honor a su padre.

Otra pausa escuchando y luego:

—Siiií, claro que sí quiero, este fin de semana anda a la casa con Francisco que haremos una pequeña fiesta, ¡para que celebremos juntos!

Y yo pensé ¿Francisco? Y me acorde de Elisa, su esposa, aquélla era sin duda, la chica que me apuntaba ese día cuando llegaba a la discoteca con el Señor K, la misma a la que le hizo reventar los oídos. Sara se veía radiante, sus dientes perfectos sonreían y yo afuera tan insignificante muriendo por besarla, esbozando algo en mi rostro que simulase una pequeña sonrisa, el semáforo se puso en verde y partió sin siquiera dirigirme la mirada.

2

Ni siquiera sé cómo salí de ese lugar luego de verla, de nuevo se me combinaban los pensamientos y los recuerdos, como que todo lo que algún día recordé haber vivido ni siquiera fuera parte de mi existencia. He bebido tanto, he fumado tanto, me he encargado yo mismo de hacer trizas mi cuerpo, el que no he vuelto a ver en un espejo nunca más. A veces, por las noches se acercan personas y me preguntan cosas, quién soy, como llegué aquí, me convidan alimento, bebida, café para el frío, una cena para navidad...

No puedo hablar, no puedo siquiera explicarme qué ha sucedido con todo lo que algún día creí tener. He descubierto algo que ya debería haber tenido claro mucho tiempo antes: *Soy un cobarde*, realmente lo soy, ni siquiera he tenido el valor para quitarme la vida, pero he recordado algo, sí, como si alguna vez lo hubiese olvidado, mi esquina, sí, mi esquina, mi cementerio personal... Debo ir allá, debo volver adónde todo esto comenzó...

Me recuerdo arrastrándome por el pasillo de aquella cocina parecida a la del Titanic en busca de Sara. Porque otra vez siento esa sensación como de ir en cámara lenta, como de estar inmerso en una pesadilla tratando de alcanzar a alguien, o en este caso a algo, a mi esquina. Esa sensación de que cuando más quieres avanzar tus movimientos se van haciendo cada vez más lentos. Pero estoy a pocas cuadras de mi esquina, y sé bien que en algún momento llegaré, y seguiré adelante como sea, no importa las horas que me tome hacerlo. Lo único que espero es encontrarla igual que siempre con la botillería siempre abierta, la zapatería con el viejito de la boina gris, los perros, los delincuentes que bordean el lugar, que hoy cuando llegué, de seguro ni siquiera me mirarán. Y mientras sigo avanzando con este teléfono de batería infinita, se me viene el recuerdo de Sara, cuando estaba en la discoteca y me dijo que ella me amaba, que nunca me engañaría, la última vez que vi ese rostro sumido en una dicotomía entre triste y bello.

Necesito terminar con todo esto...

Al fin estoy a punto de llegar y puedo verme ahí de pie, vestido de etiqueta comparado a como estoy vestido ahora, si es que se le puede llamar vestimenta a las pilchas que llevo sobre el cuerpo, me veo ahí, en mi esquina, fumando con los ojos llorosos y escribiendo en el teléfono; También puedo ver el Camaro, si tan solo pudiera evitar que mi ex cuerpo suba al vehículo, quizás todo pudiese volver a ser como algún día creo que fue.

Es una estupidez, pero intentaré que lea estas palabras:

***¡NO SUBAS AL AUTO!
 ¡NO LO HAGAS!
 ¡SARA TE AMA!
 ¡SARA TE AMA!***

5

No lo ha leído, es más, me he ganado un empujón y un par de patadas en el suelo; cuando he intentado mostrarle el celular me ha dicho:

— Sí sí amigo, yo también tengo una de éstas.

Y me ha lanzado al suelo, luego ha caminado y ha subido al vehículo. El Señor K está adentro y me ha mirado, sonrío con esa sonrisa misteriosa que me recuerda a la mona lisa, y yo en mi mente le imploro:

— *Mátame por favor, mátame, te lo ruego, por favor mátame, sé que me escuchas, sé que está leyendo mi mente como la primera vez que te vi, no quiero seguir así, te lo suplico, mátame por favor, mátame, si no lo haces tú nadie podrá hacerlo, y ya no soporto más esta existencia, por favor haz que me vaya de este mundo maldito, por favor...*

6

Lo veo dando la vuelta en el Camaro hacia mí... ha vuelto, sabía que lo haría. Se ha bajado del vehículo dejando el motor y las luces encendidas y a mi antigua versión aterrorizada en el asiento del copiloto, apura el paso hacia mí y veo que lleva una pistola en la mano. Siempre supe que este lugar ocuparía un espacio importante en mi existencia. Con el pensamiento le pregunto:

— *¿El bebé... será niño o niña?*

— Niño —me dice— un dulce y tierno varón que llevará por nombre Andrés.

Una felicidad recorre lo que me queda de venas, se me han entumecido los ojos, espero con micabeza fija en este teléfono el dispa

NOTA DEL AUTOR.

Querido lector, si te ha gustado esta historia te ruego que le des “Me gusta” a mi página de Facebook, o bien que me sigas en mi blog. Es muy importante para mí, ya que de ese modo puedo seguir llevando mi trabajo hasta ti.

Para cualquier duda me puedes ubicar en el siguiente correo: 1984fabianrivera@gmail.com, o bien puedes hablarme directamente en los medios que mencioné antes.

Un abrazo

Fabian Rivera.

Página Facebook: www.facebook.com/fabianriveraescritor

Blog: fabianriveraescritor.blogspot.com